





EL DEMONIO DE
LA PERVERSIDAD

DAVID KOLKRABE

EL DEMONIO DE
LA PERVERSIDAD



El Grupo Editorial Letras Negras agradece su respaldo al comprar este libro original. Con su apoyo nos motiva a seguir trabajando para llevar más libros a nuestros lectores. Gracias por honrar a nuestros autores al no reproducir, escanear ni distribuir total o parcialmente y sin autorización previa de la editorial esta obra.

© 2022 David Kolkrabe

© 2022 Grupo Editorial Letras Negras S.A.S.

www.alasdecuervo.com

Diseño de cubierta e ilustraciones: Ana María López Sánchez

Revisión y edición: John Fredy Henao Arias y Claudia Marcela Soto Leyva

2da edición

ISBN: 978-958-53888-0-2

Impreso en México

*Ahora advertiréis que soy una de las innumerables víctimas
del demonio de la perversidad*

EDGAR A. POE, El demonio de la perversidad

PRÓLOGO

SOBRE UN CIERTO Y PERVERSO DEMONIO QUE REINA EN LAS HISTORIAS

“El demonio de la perversidad” es un libro donde se muestra el terror clásico. Pero es también un texto de mucha frescura entre sus páginas; literatura que se inscribe en las preocupaciones y sensibilidades de una sociedad a inicios de un siglo caótico y confuso.

Sucede que David Kolkrabe es un gran conocedor de este tipo de historias, un autor que tiene presente tanto a escritores inevitables, como a nuevas propuestas con respecto al horror. Al mismo tiempo, es un fanático de las películas macabras y espeluznantes, y un buen prosista. Como un individuo contemporáneo, el mundo que describe es extraño, perturbador, lo que se agradece.

Hay, en este libro, querido lector, estimada lectora, un dejo de perversión, es cierto, aunque no desde un retorcimiento de tipo sensual; sino más bien encaminado a un “algo” maligno, una especie de ente metafísico siniestro que rodea, que amenaza a los personajes dentro de bosques solitarios, habitaciones de casas antiguas, en sus propios sueños. Las historias se desarrollan en un ambiente denso donde cuesta trabajo respirar. Es ese tipo de escenarios que solía proponer la maestra del

género, Amparo Dávila, donde entre lo antiguo y lo moderno, una esencia adversa linda los terrenos de lo que se toca y lo que no. En la consecución de este negro hilado de párrafos, se asume una persistente búsqueda por conocer la esencia del mal.

Los motivos de los relatos son múltiples: un episodio sicótico en el aparente dormir de uno de los protagonistas (que deja al despertar un rastro de sangre); una fotografía enmarcada en paredes que han resistido el tiempo y cierta sucesión de sismos; la relación entre la música a través de una fuga, y el arte del asesinato (como lo definía Thomas De Quincey); algunos entes diabólicos de raíces entre ficticias e históricas. Se trata, sin duda, de un menú de variaciones sobre lo horroroso y las patologías humanas.

Un aspecto importante en “El demonio de la perversidad”, es que estremece por la naturalidad con que está escrito. Se narra de forma cotidiana, casi personal, lo que vuelve a algunas tramas una feliz persecución de los detalles. Por otra parte, una de las virtudes a destacar, es el aspecto del terror latinoamericano. Kolkrabe se mueve en un territorio donde lo que asusta no es un resabio de los temores norteamericanos. La sangre y la oscuridad de las letras, en su caso, nacen de la Colombia profunda, del intrincado laberinto socio-cultural que la determina.

Si bien en el cuento “Retrato Post-Mortem” asistimos a una especie de caída de la casa de Usher -al estilo de Edgar Allan Poe-, las características de la familia y los espacios de los interiores que se describen no son de ningún modo anglosajones. Hay, en otros relatos, ciertos dejos “lovecraftianos”, sobre todo en lo referente al aspecto de las demonologías; aunque el lenguaje se mantiene en una perspectiva diferente, hispanohablante, lo que vuelve particular este acercamiento. “Los niños dulce”, otro de los cuentos que se incluyen, es digno de destacar porque pertenece a una leyenda urbana del país sudamericano. Se trata de aquello que en Norteamérica denominan “creepy pastas” (como ejemplo, la leyenda de “Candyman”), sólo que en la imaginación de Kolkrabe la raíz de los terrores proviene de un tenebroso corazón con olor a ron y cafetales. Es decir, que se trata de una leyenda identitaria narrada por un escritor que se asume parte de un país, de una sustancia colectiva. Kolkrabe, de forma voluntaria o no, forma parte de un movimiento que persigue un terror propio, latino, al modo en que lo hace la mejor exponente, quizá, al respecto: Mariana Enríquez. Un terror que se gesta y converge en una maraña de imposiciones políticas, traumas históricos donde impera la violencia del capitalismo, y las neurosis homicidas dentro de un mundo convulso. Ingredientes suficientes para un libro memorable.

Así, entrar a “El demonio de la perversidad” es entrar al reino de David Kolkrabe, un territorio nocturno donde un oscuro cuervo bate sus alas, sus “alas de cuervo”, para abrir puertas misteriosas, casi secretas, donde asomamos a contemplar, por una rendija, un ojo que a su vez nos mira. Esta es, apenas, la entrada a un delicioso abismo que se irá ampliando al paso de los años. De ti, depende, querida lectora, amable lector, traspasar los umbrales de lo conocido. Este es tu libro.

Ulises Paniagua

Ciudad de México, 03/09/2021

PRÓLOGO DEL AUTOR

Una antigua leyenda cuenta que el rey Midas persiguió al Sileno hasta el cansancio. El soberano griego buscaba al seguidor de Dionisio porque era famoso por su sabiduría. Quería preguntarle qué era lo mejor, lo más provechoso para el hombre. Cuando lo capturó, lo atormentó hasta que respondió. Entre carcajadas burlonas, dijo:

Estirpe miserable de un día, hijos del azar y de la fatiga, ¿por qué me fuerzas a decirte lo que para ti sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para ti: no haber nacido, no ser, ser nada. Y lo mejor en segundo lugar es para ti morir pronto.

La respuesta del Sileno es la respuesta de un sabio. El tormento de la vida es irreversible y la única manera de liberarnos de él es a través de la muerte. Esta visión pesimista de la vida, que tanto apoyó Schopenhauer, fue superada por Nietzsche. Él argumentaba que la vida era trágica, sin duda, pero que eso la hacía bella. Lo malo no debería negarse, sino aceptarse con amor, con alegría y aprender de ello. Al final podríamos in-

cluso dejar de llamar «malo» a las circunstancias desfavorables. «El veneno que mata al débil es un reconstituyente para el fuerte, y éste no le llama veneno», sentenció.

Nietzsche tenía muchos motivos para argumentar su postura: toda su vida fue muy enfermizo y pensó su filosofía en medio de crónicos dolores de cabeza. Aquello lo obligó a jubilarse joven y a vivir una vida anómala, sin compromisos laborales ni culturales, en la que encontró la paz en las montañas de Sils María. La soledad le permitió alejarse de las reglas y vivir su vida casi como él quiso vivirla. Por esa razón no puede sorprendernos que nos aconsejara dejar de ser como los camellos que llevan a costas grandes cargas, en este caso culturales, y que nos libremos de ellas como lo hiciera un león. El león hace lo que quiere, no lo que debe. Sólo así puede ser feliz.

En «El malestar en la cultura», Freud explica que las normas reprimen nuestros instintos más básicos; no nos permiten vivir del modo en el que quisiéramos vivir por naturaleza. De manera inconsciente, esto nos genera un malestar que podría provocar un mal mayor. El filósofo surcoreano Byung Chul-Han dice que podría llevarnos incluso a la esquizofrenia. Sea cierto o no, es innegable que hay cierta incomodidad en cumplir siempre las reglas, en tener que actuar y vestir como se nos dice, y que hay cierto placer en romper normas, en actuar mal.

Poe dice que la perversidad es el deseo de hacer lo prohibido por el simple placer de hacerlo. No importa si la acción va en contra de nuestros propios intereses, si con ella nos hacemos daño a nosotros o a los que nos rodean; lo importante es romper las reglas. Todos lo hemos sentido en algún momento: sabemos que no está permitido, pero queremos pasearnos por la zona del bosque que está restringida con señales; algo nos motiva a aprovechar nuestro tamaño y fuerza para robarle algunos dulces a los niños en una piñata; la adrenalina de hacer trampa en un examen nos produce placer.

La perversidad es natural en el ser humano. Con ella buscamos librar un poco el malestar que nos genera la cultura y queremos zafarnos de esas ataduras que nos hacen sentir que la vida es trágica, que no vale la pena ser vivida. El afán de darle un sentido a la vida suele llevar al extremo la perversidad. Aquellos que se dejan seducir por ella tienen a un demonio sobre su hombro que le susurra al oído las atrocidades más terribles y los convencen de realizarlas. Saben que está prohibido, que está mal, que pueden herir a personas cercanas a ellos, pero su realización les brinda la más grande satisfacción de todas.

22 de noviembre de 2021

CAUCHO NEGRO

1.

Dos soldados entraron a la casa. No tocaron la puerta, ni pidieron permiso, sino que la forzaron de una patada y uno de ellos ordenó que nos presentáramos. Yo estaba con papá y mi hermana en casa. Mamá compraba en el mercado. María y yo veíamos la televisión, mientras papá descansaba en la vieja hamaca que colgaba de las columnas de guadua. Se levantó descalzo y así acudió al llamado de los hombres.

—¿Cuántos años tiene, civil? —preguntó uno de ellos con un grito y en posición firme. El otro recorría la casa; buscaba si había alguien más.

—31 —dijo papá.

Vivíamos en el extremo del pueblo, al límite de las fincas cafeteras. No había vecinos a un kilómetro a la redonda. Los grillos se escuchaban con fuerza, al igual que el viento golpear contra los platanales. Era un día caluroso de julio. Yo estaba solo con una pantaloneta y María tenía una falda corta que dejaba ver sus piernas de adolescente.

—¿Y ellos?

—El niño tiene once —titubeó. En realidad, yo tenía trece—. Ella, quince.

El otro soldado se acercó a nosotros por detrás. Sentí su respiración y el aura del rifle que tenía en las manos. Caminaba con paso firme y sus pesadas botas

hacían crujir el piso de madera. Teníamos miedo de mirarlo; desde que entró, vimos su mirada oscura y vacía, una mirada de odio. Exhalaba como un toro. María temblaba y tembló más cuando le resopló en su cuello. La olió.

Quedé paralizado sin poder voltear, pero por el rabillo del ojo vi algo que hoy me cuesta creer. Junto al soldado había una figura oscura, de un negro abismal que le susurraba en la oreja. No entendía sus palabras, pero las escuchaba claras, como si también me las dijera a mí. Sentí que la sangre se me fue del cuerpo. No reaccionaba ante el deseo de echarme a correr.

—Civil, usted se va con nosotros. Despídase de sus hijos.

Papá no dijo nada. Aquellos hombres con sus rifles en las manos, sus botas negras de cuero y sus uniformes verdi-oscuros nos intimidaban. Una sensación de pesadez hacía imposible movernos. En él era extraño. Lo recuerdo como un hombre impulsivo, pero ese día, justo en el que necesitábamos que reaccionara, no hizo ni dijo nada. Actuó como un borreguito que aceptaba su destino. El otro soldado se separó de María y empujó con violencia a papá por la espalda.

—Andando, pirobo.

Lo vi salir de la casa sin despedirse, sin girar la cabeza y echarnos una última mirada. Era un hombre temperamental y creo que así deseaba que lo recordáramos. Creo que él sabía para dónde lo llevaban, pero no quiso hacernos ver que aquello le afectaba. Lo subieron

a una camioneta militar y cerraron el compartimiento. Nosotros seguíamos sin movernos, con las piernas temblando y las manos frías.

El soldado regresó. Vi su mirada fija en mi hermana y una breve sonrisa que exponía sus dientes. Se echó el rifle para atrás y agarró a María de la mano.

— Vos venís conmigo, perrita.

La arrastró hasta mi cuarto entre gritos y pataleos. No pude hacer nada. Me dieron ganas de vomitar, pero ni eso fui capaz de hacer. Gritos agudos, desgarradores, feroces. Gritos graves. Un golpe. Otro golpe. Callate, malparida. Ropa rasgada. Qué téticas tan ricas. El rechinar de la cama. Muchos más gritos. Quédete quieta. Un golpe. Silencio. No más gritos. Un quejido de dolor. Llanto. Respiración de toro, de búfalo, de demonio. Dejé de llorar. Gemidos graves, agudos. Silencio.

No olvidé su mirada sobre hermana y cómo babeaba antes de llevársela al cuarto. Tampoco su sonrisa de satisfacción cuando salió y el sudor que caía por su frente. Apestaba a mierda y sangre. No dijo una palabra. Se organizó el pantalón, se subió a la camioneta y se fue. Me quedé petrificado en medio de la sala. El viento golpeaba suave contra la casa y se escuchaba el trinar de los barranquillos.

2.

Aquel recuerdo rondó mi cabeza por años y no me dejó dormir largas noches. Cuando creía que no me volvería a molestar, me atacaba sin piedad en los momentos de

JUGAR EN EL CEMENTERIO

1.

La vi por primera vez en el cementerio cuando anoche-
cía. La niña saltaba la cuerda junto a una lápida. Can-
taba. Su voz chilló en mis oídos mientras yo hablaba con
mamá. Le llevé un ramo de crisantemos como cada lu-
nes. Mis dedos estaban entumidos por el frío. Una co-
rriente eléctrica me recorrió el cuerpo cuando escuché
el inicio de la melodía.

Itsi bitsi araña...

Solté las flores sobre mamá. La niña traía una
falda de cuadros grises y un camibuso blanco. La oscu-
ridad y el pasto ocultaban sus pies; sus medias blancas
le llegaban hasta las rodillas. Ella seguía saltando.

...Subió su telaraña.

Vino la lluvia y se la llevó...

Me despedí de mamá. Limpié la tierra de muerto
de mis rodillas y caminé hasta un arrayán grueso que
me ocultaba de la niña. Ella era apenas más alta que la
lápida; se veía insignificante junto a la palma abanico
que se erigía hasta el cielo. Con la chaqueta me res-
guardé del viento que soplaba en mis oídos.

...Salió el sol, se secó la lluvia

Itsi, bitsi araña, otra vez subió...

Una ráfaga de aire levantó su vestido. Deseé
acercarme a ella, respirar su aroma. Salí de mi escondite
y avancé hasta la estatua de un ángel que se posaba

RETRATO POST MORTEM

Eleonora murió mientras paría a mi abuela. Nunca la conocí, pero había una gran fotografía suya enmarcada y exhibida en la sala que me recordaba que había existido. Desde niño me interesó esa foto. Mi bisabuelo y los que la conocieron en vida — todos ancianos — la describían como una mujer hermosa de piel tersa y suave, con una mirada llena de bondad. Odiaba las injusticias, decían, y era incapaz de matar una mosca. A pesar de llevar más de 70 años muerta, dentro de la familia gozaba con la reputación de ser la más bella de la familia. Su retrato, sin embargo, mostraba a una mujer grotesca, de aspecto sombrío y mirada perversa.

Por muchos años me olvidé de aquella foto y de mi bisabuela, hasta que heredé la casa que había pertenecido por generaciones a mi familia. Mis padres, que sólo engendraron un hijo, murieron casi al mismo tiempo. Su partida fue tan fugaz como inesperada; mi dolor, enorme. No los había visitado en diez años y me remordió la consciencia que sólo por su muerte decidiera regresar al lugar en el que pasé mi niñez.

La casa era vieja y grande, hecha de bahareque y madera. Había resistido a tres incendios y a un terremoto intenso que arrasó con las demás casas de la calle. Era una verdadera reliquia. Mi plan era venderla a la

alcaldía, pues con dos plantas y once habitaciones, era ideal para ser convertida en casa-museo. Salvo dos cuartos, todos estaban vacíos. Quizá albergaban una silla o una mesa vieja, pero por años nadie había entrado en ellos. Los otros dos fungían, uno como dormitorio y, el otro, como cuarto de los trebejos, que permanecía bajo llave.

En la primera planta, sobre la chimenea de la sala, se exhibía imponente el retrato de mi bisabuela. Su tamaño se asemejaba al de un ventanal y estaba encuadrado en un precioso marco dorado cuyos ornamentos recordaban las alas de un murciélago. El retrato me volvió a llamar la atención, esta vez no por las historias sobre la bondadosa Eleonora, sino porque había dedicado mi vida al bello arte de restaurar fotos y aquel me parecía digno de ser restaurado.

El paso de los años había corroído el contorno de la fotografía y sólo se apreciaba, en blanco y negro, a mi bisabuela sentada en un solio alto y acolchonado; tenía las manos apoyadas en su vientre, los ojos abiertos y una sonrisa con una extraña mueca que me perturbaba. La cabeza se apoyaba contra el respaldo de la silla. Me acerqué a examinar la foto y noté algunos detalles que no se apreciaban a distancia. Tenía una nariz jorobada y aguileña, el pelo desordenado y un par de dientes podridos; su mirada era profunda y, para haber muerto a los 20 años, las arrugas en su ceño y alrededor de los